



SE ENCUENTRA UN EJECUTIVO EN ESTADO SALVAJE

(Dar-el-Salam, 16. De nuestro enviado especial).—Los naturalistas Cuck Amonas y Jimmy Giraff, que desde hace varios años estudian las costumbres del chimpancé en las selvas de Tanzania, han capturado recientemente un extraño ejemplar de simio que puede constituir un eslabón fundamental en la evolución del ejecutivo sapiens, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. El raro espécimen fue capturado, después de varios intentos, utilizando como cebo un carterín repleto de dólares que previamente había sido arrastrado por la jungla hasta impregnar la hojarasca de un inconfundible tufillo a divisas; aunque los naturalistas aseguran que en estado de libertad tenía costumbres pacíficas, en cautividad ha desarrollado un temperamento agresivo que permite asimilarle a sus congéneres modernos; ya en dos ocasiones ha intentado seducir a la chica que le limpia la jaula, lo cual indica, por otra parte, que estamos ante un tipo de ejecutivo bastante evolucionado. Todo parece señalar que se trata de un escalón intermedio entre el ejecutivo erectus, cuyo cráneo dolicocefalo se conserva en el Museo Británico, y el ejecutivo praedatorius, cuya quijada, armada de poderosos incisivos, fue descubierta en las recientes excavaciones de Wall Street; en cambio, sus pómulos hundidos y el arco superciliar en forma de libra esterlina permiten diferenciarle claramente del ejecutivo chinesis, lejano ascendiente del hombre de negocios japonés. A diferencia del actual ejecutivo, el ejemplar capturado está totalmente recubierto de vello excepto sobre el occiputo, donde se observan síntomas de una incipiente calvicie; detalle curioso: la palma de su mano derecha presenta callosidades cerca de las primeras falanges, que podrían haber sido producidas por la costumbre de acarrear una rústica cartera de

documentos. Por su parte, los científicos que habían estado estudiándolo desde una garita camuflada meses antes de su captura, afirman que el homínido daba síntomas inequívocos de una inteligencia bastante desarrollada; según parece, ejercía un dominio especial sobre la tribu de chimpancés con la que convivía, habiendo introducido en ella un sistema de trueque que utilizaba el coco como unidad de cambio; también conocían un primitivo sistema de pagarés con aval bancario e incluso un rudimentario patrón de cambios fluctuantes para sus transacciones con las tribus vecinas. Actualmente se encuentra en la capital de Tanzania un equipo de eminentes zoólogos, especialmente enviados por la UNESCO, para el estudio del interesante fenómeno, al que están sometiendo a ciertas pruebas para calibrar su coeficiente mental; hasta ahora, el inteligente animal ha sido capaz de extraer una botella del mejor whisky de

un cajón de bebidas cerrado que habían dejado en la jaula; al serle presentado un billete de cien pesetas y otro de diez dólares, escogió sin vacilación el de la moneda más fuerte; por último, le fue entregado un sobre con cotizaciones de las distintas Bolsas mundiales, el cual rompió sin abrir, tirando los pedazos a la papelera, lo cual parece indicar que intuye el funcionamiento del moderno sistema bursátil. No obstante, estos experimentos han sido objeto de duras críticas por parte del Club Internacional de Financieros en una nota verbal presentada ante la Comisión Permanente de la ONU para la Defensa de las Fieras en Libertad (CPNUDFL); el comunicado afirma que tales pruebas son vejatorias para la dignidad de cualquier ejecutivo —aun en estado primitivo—, y pide para el ejemplar capturado la libertad provisional que se concede en todos los países civilizados a los más salvajes ejecutivos.

EL HIJO DE GUZMAN EL BUENO



EL ANTIFAZ

A l margen de los acuerdos preferenciales y de los tratados, por encima y por debajo de la naranja, España va entrando en Europa, y, sobre todo, Europa va entrando en España. Ya no se dan esos fabulosos contrastes entre más acá o más allá de los Pirineos en cuanto a la existencia de infinitos pequeños objetos imposibles de encontrar hace años en nuestra Patria. Ahora probablemente sucede lo contrario. En España hay artilugios de muchas más marcas y modelos que en ningún otro país, porque lo fabricamos así todo y porque importamos más estupideces que nadie.

Sin embargo, todavía quedan excepciones. Una de ellas puede ser el antifaz para dormir, sencillo adminículo que no se conoce apenas entre nosotros y que resulta difícilísimo encontrar no ya en los pequeños pueblos de la sierra de Albarracín, sino en Madrid mismo. Cientos de veces he sido protagonista de un diálogo más o menos como éste, desarrollado fundamentalmente en las farmacias:

—Por favor, un antifaz para dormir...
 —¿Un anti... qué?
 —Un antifaz.
 —Ah!... un antifaz... Eso en las tiendas de disfraces. Esto es una farmacia.
 —No... si es un antifaz para dormir.
 —¿Para dormir? ¿Usted duerme con un antifaz?
 —Sí, modestamente...
 —No, pues en esta casa, por supuesto, no tenemos esas cosas...

Y aparte de mirarle a uno como a un loco o a un sádico, le contestaban con el mismo tono de indignación que si hubiera pedido una revista pornográfica danesa o medio kilo de LSD. Otras veces el interlocutor se asombraba un poco menos, pero abrigaba también serias dudas acerca de nuestra integridad mental. El tono siempre era más bien de pitroreo:

—Para dormir sólo tenemos sedantes, somníferos, y en las tiendas especializadas, naturalmente, habrá pijamas, sábanas e incluso camas; pero, la verdad, antifaces... Vaya usted si acaso a una ortopedia.

Por supuesto, en veinticinco ortopedias de Madrid tampoco habían oído hablar jamás del antifaz para dormir:

—Eso lo encontrará usted en los establecimientos de artículos para bromas.

Generalmente había que explicar que se trataba de algo de utilización general en medio mundo civilizado, que se pueda adquirir en todas las farmacias de Francia, de Alemania o de Inglaterra. Incluso conseguí, para poder dar una idea aproximada de lo que quería, una foto de una película de Melina Mercouri, en la que la actriz griega aparece en el lecho, en camión semitransparente, lucien-

do un antifaz de fantasía de color violeta, y creo recordar que adornado con encajes. Por supuesto resultó peor todavía, y el tono fue entonces profundamente comisariativo:

—¿Y usted duerme o quiere dormir así?

Llegaron a remitirme además a las ferreterías, por asimilación de mi antifaz al cristal protector de los soldados de autógena; a las ópticas, a las mercerías, a las «boutiques» de ropa interior femenina y, naturalmente, a las clínicas psiquiátricas.

—No, no tenemos eso que usted dice, pero no me extraña nada: el padre de mi mujer, durante los últimos años de su vida, se acostaba vestido de torero. Y tengo un cuñado que se pone un casco de vikingo.

Al fin le escribí a un amigo de París, y a los tres días tenía en casa media docena de antifaces.

Decididamente, para muchas cosas no estamos todavía en Europa.

LEO DE LIPPI